



Nueva impresión

Por Andrés Torres Scott

—¡Está usted loco! Es una completa aberración; la gente jamás comprará eso. No sólo cambia el texto, sino que modifica todo el contexto. Nadie va a querer leerlo, la gente lleva siglos, ¿me escucha? —dijo y señaló con el índice derecho al cielo—, siglos leyendo así, ¡cómo ahora en esto! —Dritzehn golpeó un par de veces los papeles que llevaba en la mano contra la mesa—. Otros han querido cambiarlo, usted no es el primero en venir a tratar de venderme algo así. De traer un invento para hacer más y más ejemplares. Le digo de una vez, ese no es negocio.

—Pero, señor, la facilidad para leer con este tipo de letra...

—Sí, ya lo vi, ya lo vi, los tipos de letras son bonitos. Sí, son claros. Sí, son muy legibles. Y sí, es más pequeño y fácil de manipular. Pero escuche, la gente tiene manías —dijo y extendió ambos brazos—. La gente se acostumbra a ciertas cosas, por ejemplo, a las salchichas y a la col agria. De este lado del Rin nadie dejará de comer Frikadellen, Klöße, Brötchen, Saurkraut.



Ilustración digital: Luis Ángel Velázquez

—Mi invento no es comida —respondió y suspiró—, mi señor.

—Piense en un Brezel —dijo y se detuvo a pensar un segundo—. Le pregunto, ¿qué es un Brezel?

—Señor, todos saben qué es un Brezel.

—Dígamelo usted.

—Es un pan —dijo el inventor.

—Sí, un pan. ¿Con qué características?

—Es un pan entrelazado.

—¿Y algo más?

—Salado.

—Y, ¿tiene el Brezel algo que lo haga especial?

—No que yo sepa.

—Así es. No tiene nada especial. Y, ¿sabe? todos, todos lo prefieren. Es incluso más difícil de hacer y más incómodo de transportar que el pan en forma de bola, pero ¡todos aman el maldito Brezel! Así es la vida de cruel y misteriosa. La gente tiene sus manías y sus costumbres y ni usted ni yo las vamos a cambiar.

—Pero, esta manera de leer permite...

—¡No me diga más! Ya me dijo todo: un tipo de letra más claro y homogéneo. Usted cree que se puede leer más rápido, usted cree que baja el costo de producción de los documentos. Supone mayores ventas y más títulos, incluso nuevos autores, pero a mí, a mí no me convence. La verdad es que el número de lectores no crece. ¿Sabe?, la gente es tonta y no lee. Los pobres no quieren leer. Escuche, yo llevo cuarenta años, cuarenta años en este maldito negocio, ¿cuántos años tiene usted?

—Cuarenta y cinco.

—Lo ve, ¿lo ve? Sé más de esto que usted, por eso arruinó usted a su padre, por eso no ha logrado salir adelante. Le daré dos cosas: un consejo y una oferta. Mi consejo: regrese a la universidad de Erfurt. Mi oferta: venda mis manuscritos, allá hay mercado, en Maguncia. Sería usted mi representante.

—No, señor Dritzehn. Mi idea puede...

—No voy a discutir más. Esa cosa no podrá superar los rollos de pergamino ni el códice. Lo siento, señor Gutenberg, no puedo darle el préstamo y mucho menos asociarme con usted. ¿Hacer libros? —dijo y rio—. ¡Está loco!, si no quiere ser mi representante, márchese, ¡lárguese de mi vista! 🗨



Andrés Torres Scott es maestro en Desarrollo por la Universidad de Cambridge y en Ciencia Política por la Universidad de Alberta. Ganó el Premio Internacional de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano” 2014, que otorga la UAEM, por la novela *Un artista de la tortura y otras historias verdaderas*, así como el Premio de Novela Breve “Rosario Castellanos” 2007, por *Y tú, ¿qué vas a hacer con tu millón?*

